



León Tolstói

Dios Ve la
Verdad, Pero
Espera

E LEJANDRIA

DIOS VE LA VERDAD, PERO ESPERA

LEÓN TOLSTÓI

1872

ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO**

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DIOS VE LA VERDAD, PERO ESPERA

En la ciudad de Vladímir vivía un joven comerciante llamado Iván Dmítritch Aksyónof. Tenía dos tiendas y una casa propia.

Aksyónof era un tipo apuesto, rubio y de cabeza rizada, lleno de diversión y muy aficionado al canto. De muy joven había sido dado a la bebida, y se desbocaba cuando se excedía; pero después de casarse dejó de beber, salvo de vez en cuando.

Un verano, Aksyónof iba a la Feria de Nízhny, y al despedirse de su familia su mujer le dijo: "Iván Dmítritch, no salgas hoy; he tenido un mal sueño contigo".

Aksyónof se rió y dijo: "Tienes miedo de que cuando llegue a la feria me vaya de juerga".

Su mujer le contestó: "No sé de qué tengo miedo; lo único que sé es que he tenido un mal sueño. Soñé que volvías de la ciudad, y cuando te quitabas la gorra veía que tenías el pelo bastante gris".

Aksyónof se rió. "Es una señal de suerte", dijo. "A ver si vendo todos mis bienes y te traigo algunos regalos de la feria".

Se despidió de su familia y partió.

Cuando ya había recorrido la mitad del camino, se encontró con un comerciante al que conocía, y pasaron la noche en la misma posada. Tomaron juntos el té y se acostaron en habitaciones contiguas.

Aksyónof no tenía la costumbre de dormir hasta tarde, y, deseando viajar cuando todavía estaba fresco, despertó a su cochero antes del amanecer y le dijo que pusiera los caballos.

Luego se dirigió al dueño de la posada (que vivía en una cabaña en la parte de atrás), pagó la cuenta y continuó su viaje.

Cuando había recorrido unas veinticinco millas, se detuvo para dar de comer a los caballos. Aksyónof descansó un rato en el pasillo de la posada, luego salió al porche y, pidiendo que le calentaran un samovár[1], sacó su guitarra y se puso a tocar.

De repente se acercó una tróyka[2] con campanas tintineantes, y se apeó un oficial, seguido de dos soldados. Se acercó a Aksyónof y comenzó a interrogarle, preguntándole quién era y de dónde venía. Aksyónof le contestó con todo detalle y le dijo: "¿No quiere tomar un té conmigo?". Pero el funcionario continuó interrogándolo y preguntándole: "¿Dónde pasaste la noche anterior? ¿Estuviste solo o con otro comerciante? ¿Has visto al otro comerciante esta mañana? ¿Por qué dejaste la posada antes del amanecer?".

Aksyónof se preguntó por qué le hacían todas esas preguntas, pero describió todo lo que había sucedido, y luego añadió: "¿Por qué me interrogas como si fuera un ladrón o un asaltante? Estoy viajando por asuntos propios, y no hay necesidad de interrogarme".

Entonces el oficial, llamando a los soldados, dijo: "Soy el oficial de policía de este distrito, y te interrogo porque el comerciante con el que pasaste la noche anterior ha sido encontrado degollado. Debemos registrar sus cosas".

Entraron en la casa. Los soldados y el oficial de policía desataron el equipaje de Aksyónof y lo registraron. De repente, el oficial sacó un cuchillo de una bolsa, gritando: "¿De quién es este cuchillo?".

Aksyónof miró, y al ver un cuchillo manchado de sangre sacado de su bolsa, se asustó.

"¿Cómo es que hay sangre en este cuchillo?"

Aksyónof intentó responder, pero apenas pudo pronunciar una palabra, y sólo tartamudeó: "No lo sé, no es mío".

Entonces el policía dijo: "Esta mañana el comerciante fue encontrado en la cama con la garganta cortada. Usted es la única persona que pudo haberlo hecho. La casa estaba cerrada por dentro y no había nadie más. Aquí está este cuchillo manchado de sangre en tu bolsa, y tu cara y tus modales te delatan. Dime cómo lo mataste y cuánto dinero robaste".

Aksyónof juró que no lo había hecho; que no había visto al comerciante después de que tomaran el té juntos; que no tenía más dinero que ocho mil rublos[3] propios, y que el cuchillo no era suyo. Pero su voz estaba quebrada, su rostro pálido y temblaba de miedo como si fuera culpable.

El oficial de policía ordenó a los soldados que ataran a Aksyónof y lo metieran en el carro. Mientras le ataban los pies y lo metían en el carro, Aksyónof se persignó y lloró. Le quitaron su dinero y sus bienes, y lo enviaron a la ciudad más cercana, donde fue encarcelado. En Vladímir se hicieron averiguaciones sobre su carácter. Los comerciantes y otros habitantes de esa ciudad dijeron que en otros tiempos solía beber y perder el tiempo, pero que era un buen hombre. Entonces llegó el juicio: se le acusó de asesinar a un comerciante de Riazán y de robarle veinte mil rublos.

Su mujer estaba desesperada y no sabía qué creer. Sus hijos eran bastante pequeños; uno de ellos era un bebé de pecho. Llevándolos a todos, se dirigió a la ciudad donde su marido estaba encarcelado. Al principio no le permitieron verlo, pero, después de mucho rogar, obtuvo el permiso de los funcionarios y fue llevada hasta él. Cuando vio a su marido vestido de prisión y encadenado, encerrado con ladrones y delincuentes, se derrumbó y no volvió a recobrar el sentido durante mucho tiempo. Entonces atrajo a sus hijos hacia ella y se sentó cerca de él. Le contó las cosas de su casa y le preguntó qué le había pasado. Él se lo contó todo, y ella preguntó: "¿Qué podemos hacer ahora?".

"Debemos pedir al Zar que no deje perecer a un inocente".

Su mujer le dijo que había enviado una petición al Zar, pero que no había sido aceptada.

Aksyónof no respondió, sino que se limitó a mirar abatido.

Entonces su mujer le dijo: "No en vano soñé que tu pelo se había vuelto gris. ¿Te acuerdas? Ese día no debiste empezar". Y pasándole los dedos por

el pelo, dijo: "Ványa querida, dile a tu mujer la verdad; ¿no fuiste tú quien lo hizo?"

"¡Así que tú también sospechas de mí!", dijo Aksyónof, y, escondiendo el rostro entre las manos, se puso a llorar. Entonces vino un soldado a decir que la esposa y los hijos debían marcharse; y Aksyónof se despidió de su familia por última vez.

Cuando se fueron, Aksyónof recordó lo que se había dicho, y cuando recordó que su mujer también había sospechado de él, se dijo a sí mismo: "Parece que sólo Dios puede conocer la verdad; sólo a Él debemos apelar, y sólo de Él esperamos misericordia."

Y Aksyónof no escribió más peticiones; abandonó toda esperanza, y sólo rezó a Dios.

Aksyónof fue condenado a ser azotado y enviado a las minas. Así que fue azotado con un golpe, y cuando las heridas hechas por el golpe se curaron, fue conducido a Siberia con otros convictos.

Durante veintiséis años Aksyónof vivió como convicto en Siberia. Su pelo se volvió blanco como la nieve y su barba se volvió larga, fina y gris. Toda su alegría desapareció; se encorvó; caminaba lentamente, hablaba poco y nunca reía, pero rezaba a menudo.

En la cárcel, Aksyónof aprendió a hacer botas y ganó un poco de dinero, con el que compró *La vida de los santos*. Leía este libro cuando había suficiente luz en la cárcel; y los domingos, en la iglesia de la prisión, leía las lecciones y cantaba en el coro, pues su voz aún era buena.

Las autoridades de la cárcel apreciaban a Aksyónof por su mansedumbre, y sus compañeros lo respetaban: lo llamaban "el abuelo" y "el santo". Cuando querían pedir algo a las autoridades de la cárcel, siempre hacían de Aksyónof su portavoz, y cuando había peleas entre los presos acudían a él para que arreglara las cosas y juzgara el asunto.

Aksyónof no recibía noticias de su casa, y ni siquiera sabía si su mujer y sus hijos seguían vivos.

Un día llegó a la cárcel una nueva banda de presos. Al anochecer, los antiguos presos se reunieron en torno a los nuevos y les preguntaron de qué pueblos o aldeas procedían y por qué habían sido condenados. Entre los de-

más, Aksyónof se sentó cerca de los recién llegados y escuchó con aire abatido lo que se decía.

Uno de los nuevos condenados, un hombre alto y fuerte de sesenta años, con una barba gris muy recortada, estaba contando a los demás por qué había sido detenido.

"Bueno, amigos", dijo, "sólo cogí un caballo que estaba atado a un trineo, y me arrestaron y me acusaron de robo. Dije que sólo lo había cogido para llegar más rápido a casa, y que luego lo había soltado; además, el conductor era amigo mío. Así que dije: "No pasa nada". "No", dijeron, "lo has robado". Pero no supieron decir cómo ni dónde lo robé. Una vez hice algo realmente malo, y debería haber venido aquí hace mucho tiempo, pero esa vez no me descubrieron. Ahora me han enviado aquí por nada en absoluto. . . Eh, pero es mentira lo que te digo; ya he estado en Siberia, pero no me quedé mucho tiempo".

"¿De dónde eres?", preguntó alguien.

"De Vladímir. Mi familia es de esa ciudad. Me llamo Makár, y también me llaman Semyónitch".

Aksyónof levantó la cabeza y dijo: "Dime, Semyónitch, ¿sabes algo de los comerciantes Aksyónof, de Vladímir? ¿Siguen vivos?"

"¿Conocerlos? Por supuesto que sí. Los Aksyónof son ricos, aunque su padre está en Siberia: ¡un pecador como nosotros, parece! En cuanto a ti, abuelo, ¿cómo has llegado hasta aquí?"

Aksyónof no quiso hablar de su desgracia. Sólo suspiró y dijo: "Por mis pecados he estado en prisión estos veintiséis años".

"¿Qué pecados?", preguntó Makár Semyónitch.

Pero Aksyónof se limitó a decir: "¡Bueno, bueno, me lo habré merecido!". No hubiera dicho nada más, pero sus compañeros le contaron al recién llegado cómo había llegado Aksyónof a Siberia: cómo alguien había matado a un comerciante, y había puesto un cuchillo entre las cosas de Aksyónof, y éste había sido condenado injustamente.

Cuando Makár Semyónitch oyó esto, miró a Aksyónof, se dio una palmada en la rodilla y exclamó: "¡Bueno, esto es maravilloso! ¡Realmente maravilloso! Pero ¡qué viejo te has hecho, abuelo!".

Los demás le preguntaron por qué estaba tan sorprendido, y dónde había visto antes a Aksyónof; pero Makár Semyónitch no respondió. Sólo dijo: "¡Es maravilloso que nos encontremos aquí, muchachos!"

Estas palabras hicieron que Aksyónof se preguntara si este hombre sabía quién había matado al mercader; así que dijo: "Tal vez, Semyónitch, hayas oído hablar de ese asunto, o tal vez me hayas visto antes".

"¿Cómo podría evitar oírlo? El mundo está lleno de rumores. Pero fue hace mucho tiempo, y he olvidado lo que oí".

"¿Quizás has oído quién mató al mercader?", preguntó Aksyónof.

Makár Semyónitch se rió y respondió: "¡Debe haber sido él, en cuya bolsa se encontró el cuchillo! Si alguien más escondió el cuchillo allí, "no es un ladrón hasta que lo pillan", como dice el refrán. ¿Cómo podría alguien poner un cuchillo en su bolsa mientras estaba debajo de su cabeza? Seguramente te habría despertado".

Cuando Aksyónof escuchó estas palabras, se sintió seguro de que éste era el hombre que había matado al mercader. Se levantó y se fue. Toda esa noche Aksyónof estuvo despierto. Se sentía terriblemente desgraciado, y en su mente surgían toda clase de imágenes. Estaba la imagen de su esposa tal como era cuando se separó de ella para ir a la feria. La veía como si estuviera presente; su rostro y sus ojos se alzaban ante él; la oía hablar y reír. Luego vio a sus hijos, muy pequeños, como eran entonces: uno con una pequeña capa, otro en el pecho de su madre. Y entonces se recordó a sí mismo como solía ser: joven y alegre. Recordó cómo se sentaba a tocar la guitarra en el porche de la posada donde fue detenido, y lo libre que había estado de preocupaciones. Vio, en su mente, el lugar donde fue azotado, el verdugo, y la gente de pie alrededor; las cadenas, los convictos, todos los veintiséis años de su vida en prisión, y su prematura vejez. Pensar en todo ello le hacía tan desgraciado que estaba dispuesto a suicidarse.

"¡Y todo es obra de ese villano!", pensó Aksyónof. Y su ira era tan grande contra Makár Semyónitch que anhelaba vengarse, aunque él mismo pereciera por ello. Estuvo repitiendo oraciones toda la noche, pero no pudo conseguir la paz. Durante el día no se acercó a Makár Semyónitch, ni siquiera lo miró.

Así pasaron quince días. Aksyónof no podía dormir por las noches, y se sentía tan miserable que no sabía qué hacer.

Una noche, mientras paseaba por la prisión, se fijó en un poco de tierra que salía rodando de debajo de una de las estanterías en las que dormían los presos. Se detuvo para ver qué era. De repente, Makár Semyónitch salió sigilosamente de debajo de la estantería y miró a Aksyónof con cara de miedo. Aksyónof trató de pasar sin mirarlo, pero Makár le agarró la mano y le dijo que había cavado un agujero bajo la pared, deshaciéndose de la tierra metiéndola en sus botas altas, y vaciándola todos los días en el camino cuando los prisioneros eran conducidos a su trabajo.

"Sólo tienes que quedarte callado, viejo, y también saldrás. Si hablas, me sacarán la vida a latigazos, pero antes te mataré".

Aksyónof temblaba de ira al mirar a su enemigo. Retiró la mano, diciendo: "No tengo ningún deseo de escapar, y tú no tienes necesidad de matarme; ¡ya me mataste hace tiempo! En cuanto a hablar de ti, puedo hacerlo o no, como Dios manda".

Al día siguiente, cuando los convictos fueron conducidos a trabajar, los soldados del convoy notaron que uno u otro de los prisioneros vaciaba un poco de tierra de sus botas. Se registró la prisión y se encontró el túnel. El gobernador vino a interrogar a todos los presos para averiguar quién había cavado el agujero. Todos negaron tener conocimiento de ello. Los que lo sabían, no quisieron delatar a Makár Semyónitch, sabiendo que sería azotado casi hasta la muerte. Por fin, el gobernador se dirigió a Aksyónof, que sabía que era un hombre justo, y le dijo

"Eres un anciano veraz; dime, ante Dios, quién ha cavado el agujero".

Makár Semyónitch se quedó como si no le importara nada, mirando al gobernador y sin siquiera mirar a Aksyónof. Los labios y las manos de Aksyónof temblaban, y durante mucho tiempo no pudo pronunciar una palabra. Pensó: "¿Por qué tengo que proteger a quien me ha arruinado la vida? Que pague por lo que he sufrido. Pero si lo cuento, probablemente le sacarán la vida a latigazos, y tal vez sospeche de él equivocadamente. Y, después de todo, ¿de qué me serviría?"

"Bueno, viejo", repitió el gobernador, "dinos la verdad: ¿quién ha estado cavando bajo el muro?".

Aksyónof miró a Makár Semyónitch y dijo: "No puedo decirlo, señorita. No es la voluntad de Dios que lo diga. Haz lo que quieras conmigo; estoy en tus manos".

Por mucho que el gobernador se esforzara, Aksyónof no quiso decir nada más, por lo que hubo que dejar el asunto.

Aquella noche, cuando Aksyónof estaba tumbado en su cama y empezaba a dormitar, alguien se acercó silenciosamente y se sentó en su cama. Miró a través de la oscuridad y reconoció a Makár.

"¿Qué más quieres de mí?", preguntó Aksyónof. "¿Por qué has venido aquí?"

Makár Semyónitch guardó silencio. Entonces Aksyónof se incorporó y dijo: "¿Qué quieres? Vete o llamaré a la guardia".

Makár Semyónitch se inclinó cerca de Aksyónof y susurró: "¡Iván Dmítritch, perdóname!".

"¿Por qué?", preguntó Aksyónof.

"Fui yo quien mató al mercader y escondió el cuchillo entre tus cosas. Quería matarte a ti también, pero oí un ruido fuera; así que escondí el cuchillo en tu bolsa y escapé por la ventana".

Aksyónof se quedó en silencio, sin saber qué decir. Makár Semyónitch se bajó de la cama-estante y se arrodilló en el suelo. "¡Iván Dmítritch!", dijo, "¡perdóname! ¡Por el amor de Dios, perdóname! Confesaré que fui yo quien mató al mercader, y serás liberado y podrás ir a tu casa".

"Es fácil para ti hablar", dijo Aksyónof, "pero he sufrido por ti estos veintiséis años. ¿Adónde podría ir ahora? . . . Mi mujer ha muerto y mis hijos me han olvidado. No tengo a dónde ir. . . ."

Makár Semyónitch no se levantó, sino que se golpeó la cabeza contra el suelo. "¡Iván Dmítritch, perdóname!", gritó. "Cuando me azotaron con el látigo no fue tan difícil de soportar como lo es verte a ti ahora... sin embargo, te apiadaste de mí y no lo contaste. Por el amor de Cristo, perdóname, desgraciado que soy". Y comenzó a sollozar.

Cuando Aksyónof le oyó sollozar, también se puso a llorar.

"¡Dios te perdonará!", dijo. "Tal vez yo sea cien veces peor que tú". Y ante estas palabras su corazón se iluminó, y la añoranza del hogar lo abandonó. Ya no tenía ningún deseo de salir de la prisión, sino que sólo esperaba que llegara su última hora.

A pesar de lo que había dicho Aksyónof, Makár Semyónitch se confesó culpable. Pero cuando llegó la orden de su liberación, Aksyónof ya estaba muerto.

(Escrito en 1872.)

[1] El samovár ('autocalentador') es una urna en la que se puede calentar y mantener el agua en ebullición.

[2] Un transporte de tres caballos.

[3] El valor del rublo ha variado en diferentes épocas desde más de tres chelines hasta menos de dos chelines. Para facilitar el cálculo, puede tomarse como dos chelines. Al leer estas historias a los niños, la palabra "florín" puede ser sustituida por "rublo" si se prefiere.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB